

Opinión

¿Pactos de La Moncloa?

EN plena canícula, período siempre utilizado para hacer realidad las alzas de precios de tantas y tantas cosas que sería largo enumerar, se anuncia la posibilidad de que, después del verano, tengamos la segunda versión de los Pactos de la Moncloa. Muchos ciudadanos se preguntarán —al margen de declaraciones políticas y, por tanto, predominantemente grandilocuentes— que para qué. La pregunta nos parece lógica. Si las estadísticas no mienten, puede afirmarse que desde julio de 1977 a julio de 1980 hay aspectos positivos y negativos que destacar. Entre los primeros, la insuficiente reducción de la tasa de inflación es el más importante. Pero predominan los segundos, es decir, menos índice de actividad económica, mayor nivel de paro, empeoramiento progresivo de la Balanza de Pagos y un déficit del sector público que parece que no hay quien lo frene.

Se podrá alegar que sin los Pactos de la Moncloa estaríamos peor. Pero éste es un argumento que poco convence ya a los ciudadanos. Suficiente es que se vayan mentalizando en la situación de crisis, que hayan empezado a renunciar a muchas cosas inaccesibles para su capacidad adquisitiva. El coste, por este lado, se manifiesta en un empobrecimiento relativo de la población que está a la vista.

Pero hay que arbitrar una política económica adecuada. La hasta ahora aplicada ya no sirve. Controlar la inflación con tan altos costos no exige ampulosos razonamientos ni formulaciones matemáticas complejas.

El problema hay que plantearlo en otros términos. Una buena política económica es aquella que, dentro de las limitaciones obvias y bien conocidas, consigue evitar los «objetivos extremos» es decir, unos fines concretos a un coste excesivo. Esta es la dificultad que hay que apuntar. Reducir de forma moderada la inflación solamente con el pasivo descrito, no tiene ningún mérito. Nos hemos comido, por tanto, los tan cacareados, efectos positivos de los Pactos de La Moncloa, ya una simple historia.

Ahora, vuelta a empezar, no partiendo de cero —es cierto— pero sí con problemas muy grandes que resolver. Decidir el cómo no es tarea nuestra, pero sí advertir que si existen nuevos «pactos económicos» analizaremos con lupa su contenido y sus posibles efectos, para manifestar como siempre nuestra más sincera opinión, sin dejarnos deslumbrar por novedades o promesas que ni dejan poso ni permiten sanear una economía cuya estructura se debilita cada vez más con el paso del tiempo.

Jerusalén, capital eterna

ESTA es la posición de todo Israel, comentó el primer ministro judío, Menajem Begin, cuando intervenía en la propuesta de votación parlamentaria para hacer de Jerusalén la capital del estado. Y la propuesta fue aprobada por sesenta y cinco votos a favor y doce en contra, lo cual demuestra que la unanimidad no existe. Pese a lo cual Jerusalén ha sido declarada por el parlamento judío «la capital eterna del Estado de Israel».

Mucho nos tememos que se trata de una decisión que sobrepasa los poderes del parlamento israelí y que se va a convertir en un nuevo motivo de fricción que hará más difícil la paz en Oriente Medio. Jerusalén es la capital de tres grandes religiones: la cristiana, la musulmana y la judía. Convertirla ahora en capital del Estado Judío equivale a una provocación imperdonable, cuando como es sobradamente conocido, una de las condiciones para un acuerdo de paz entre árabes e israelíes es que Jerusalén vuelva a la partición anterior a la «guerra de los seis días», de junio de 1967.

Ni el presidente egipcio, Sadat, podrá aceptar, pese a las reiteradas muestras de buena voluntad que ha dado frente a los judíos y que le han granjeado la enemiga de sus hermanos árabes, este nuevo gesto de intransigencia de Begin. Es muy posible, por otra parte, que los países con relaciones diplomáticas con Israel sigan negándose a trasladar la sede de su representación de Tel-Aviv a Jerusalén, hecho que, de consumarse, equivaldría al reconocimiento del dominio total y definitivo de la Ciudad Santa por los judíos.

Preludio para un hombre diferente

Quando las cosas andan mal por el mundo, los países comienzan a decirse unos a otros cosas desagradables. Con motivo de celebrarse el pasado 4 de julio el Día de la Independencia norteamericana, un miembro del Partido Socialista francés sostuvo que nada funciona bien en los Estados Unidos, ni la convivencia, ni la ciencia, ni la cultura. Para André Fontaine, conocido colaborador de «Le Monde», sólo en esta última, en la cultura, puede decirse que Norteamérica ha triunfado: ha impuesto como universal su idioma y su manera de pensar. Estoy totalmente en desacuerdo. Pienso que la fuerza de la cultura norteamericana actual se ha puesto de relieve en el cruel «strip-tease» espiritual con que ha sabido exhibir al desnudo sus defectos ante el mundo. Denuncia así, primero en ellos y después, naturalmente, en todos los países que, lo confiesen o no, le siguen, el desarrollo de la llamada «cultura narcisista». Hablé de todo esto en Madrid, hace unos meses, en un ciclo de conferencias en el Instituto de España. La crítica más rotunda de esta cultura narcisista se ha hecho en el libro de Christopher Lasch que lleva como subtítulo «La vida norteamericana en una vida de esperanzas disminuidas». Nunca, en toda la historia del hombre, una cultura se ha abierto las visceras en forma tan explícita para analizar su lesión con tanta resolución como la cultura norteamericana.

Cuanto se diga de Norteamérica puede apli-

carse sin modificación a cualquier país occidental. No sólo la lengua, el inglés, vehículo universal de comunicación, sino también los vicios culturales de Norteamérica nos conciernen a todos. Así, cuando entre los españoles de nuestro tiempo se habla de decaimiento intelectual, de falta de creatividad, atribuyéndola al difícil cambio histórico que estamos realizando, no es fácil convencer al insidioso de que, con ello, con nuestra penuria intelectual de hoy, bien patente, no hemos hecho más que incorporar a la penuria intelectual del mundo en que vivimos.

De la larguísima lista de «vicios narcisistas», minuciosamente expuestos por Lasch, destaco la incapacidad del hombre de hoy para sentir la continuidad de la historia y la necesidad de resguardar la personalidad canija en la personalidad de los otros o en las instituciones. El hombre —y la mujer— de hoy necesita consultar a los que «lo saben todo»: los técnicos, los psicólogos, los médicos, los sociólogos... Nuestra cultura ha sustituido la religión por una falaz psicoterapia y se le ha calificado con razón, por su frenesí en ser ayudada médicamente, de una «cultura terapéutica». Si el hombre de nuestros días ha sido denominado «narcisista», es porque sucumbe a la desesperanza si no recibe el halago de los demás. Sin el espejo de los otros no es capaz de actuar ni de pensar por cuenta propia.

Tenemos en nuestros días la impresión, al escuchar tanta cháchara inútil, tanta reiteración de tópicos, que los hombres de nuestra época llenan con palabras su vacío interior, la incapacidad personal de dar sentido a sus vidas.

Di hace pocos días una conferencia sobre las «Formas de conciencia en el joven» con la intención de señalar un resplandor de esperanza que asoma por el horizonte. Me explicaré con brevedad: Nuestro siglo, el siglo XX, comenzó su agitada vida descubriendo las riquezas de las simas del subconsciente humano. Ahora le sorprendemos en trance de terminar su período histórico realizando lo contrario: dándose cuenta de las riquezas no menos suntuosas que existen en las cimas de la conciencia.

Si durante todo lo que va de siglo la fórmula clave fue la de volver consciente lo inconsciente, la de «incorporar al yo» lo que estaba en el «ello», en el acervo desconocido del alma, ahora, de pronto, nos damos cuenta que habíamos olvidado la extraordinaria riqueza de lo que estaba a la luz, en la superficie del ser humano. Ciertamente ha habido países, como España e Italia, en los que la ciencia del subconsciente apenas ha prosperado. En ambos fue sustituida por la creación del genio artístico, sin que quisiera meter en más ataduras. Unamuno, Gómez de la Serna, Picasso, sucesores de Goya, equivalen a Moravia, Fellini, Pasolini o Pirandello. Ni a italianos ni a españoles nos gusta empobrecer en conceptos lo que juzgamos privadísimo tesoro.

Ahora bien, de pronto, y sólo desde hace unos siete años, en los laboratorios de todo el mundo empieza la conciencia, la evidente, a ser viviseccionada. Descubren así los sabios que hay muchas «conciencias», que lo que llamábamos conciencia excepcional, la del éxtasis místico, la del trance, es sólo un componente habitual de nuestra manera de comprender el mundo con claridad.

Todo ello no ha sido el mero resultado de un capricho. Representan estos estudios una especie de «vía terminal común» en la que convergen la cibernética, la informática aplicada a la fisiología cerebral, el llamado «conductismo» y también el tratamiento de ciertas enfermedades, poniendo al sujeto dentro de un circuito registrador, en el cual, observando cómo funcionan su propio cerebro o su corazón,

puede aspirar a modificar ventajosamente su funcionamiento «tomando conciencia» del mismo. El interés por la conciencia destrona así, transitoriamente, el interés por el subconsciente. Este es el nuevo signo de los tiempos.

Si los estados «singulares» de conciencia, como el arrebato amoroso, el éxtasis del místico o la visión dilatada y profunda sobre el ser que resulta de la meditación en las técnicas orientales, obedecen a mecanismos cerebrales que todos los días están interviniendo en nuestra vida, ¿no hay que concluir que nuestra conciencia dispone de muchas más posibilidades y horizontes que los que habitualmente manejamos?

Es evidente que hoy la conciencia del hombre está «estrechada», tiene poco resuello, escasa amplitud. Esa «pseudoconciencia» de la cultura narcisista, de la que hablan los modernos sociólogos norteamericanos, podía compararse a ese túnel que en las históricas clásicas expresaba la calidad restrictiva de su campo visual.

La llamada «escuela psicodinámica de París» ha establecido una relación entre la enfermedad psicodinámica (úlcera, jaquecas, hipertensión, etc.) y un tipo de pensamiento paupérrimo, mecanizado, sin ninguna fantasía, con poca plasticidad. Don Miguel de Unamuno, una vez que alguien le preguntó por qué no hacía más ejercicio físico dio esta respuesta: «Pensar bien es lo que vuelve sano al cuerpo». A Pierre Marty, psicoanalista francés, no ha mucho su país le dio un hospital psicodinámico para que confirmara en él sus ideas, que han dado la vuelta al mundo. Se ha dicho que este pensamiento empobrecido en fantasía supone una interrupción de las vías que unen los dos hemisferios cerebrales, interrupción

no anatómica, sino funcional.

Pienso que el campo de la conciencia distinta, nítida, de lógica secuencial está situado dentro de un ámbito más amplio, con las cualidades que ahora asignamos al hemisferio cerebral no dominante: Psíquico, indiferente al tiempo, tolerante de la contradicción, como lo es el subconsciente, capaz de articularse con la realidad como un todo.

La manía de «concientizar» los problemas de la sociedad narcisista explica a la vez dos cosas: la poca capacidad creadora de nuestra época y su progresiva tendencia a enfermar de afecciones, que antes eran más raras, desde la depresión a la arteriosclerosis. Quizá sea exagerado hablar, como alguien ha hecho, de «demencia racionalista», curiosamente emparejada con esa irrupción en nuestro mundo de toda clase de supersticiones y de supercherías, como podemos observar girando tan sólo el botón de nuestro televisor.

Cada día nos vamos encontrando con más jóvenes resueltos a trascender de ese raquitismo de la conciencia, que es un subproducto venenoso de la cultura tecnificada. El camino está sembrado de falsas pistas, de peligros que van desde la comercialización de lo sagrado hasta la creación de poderosos institutos que tratan de hacer que nuestro cerebro «rinda» más, esto es, que se vuelva todavía más «cerebro dominante», poderoso, pero imbécil. Mi experiencia me hace esperar que estamos en los umbrales de un «hombre diferente», en el que se armonizarán el conocimiento del subconsciente y la riqueza de la conciencia. Quedará así mejor dotado para abarcar toda la riqueza insondable de lo real.

JUAN ROF CARBALLO

EL TURISMO, OTRA INDUSTRIA EUROPEA EN CRISIS



—Antes era de cinco estrellas y ahora, de cinco lágrimas.

La verdad es miembro de



AUTOCONTROL DE LA PUBLICIDAD

y procura que todos los anuncios que publica sean veraces y éticos.

Si, no obstante, los lectores opinan que algún anuncio se aparta de estas normas les rogamos escriban directamente a Autocontrol de la Publicidad - Av. de Burgos, 14, Torre III, 2.º B - Madrid-16